

América en los libros

La última escala del Tramp Steamer

Álvaro Mutis

Editorial Mondadori. Madrid, 1990

Esta novela no se inscribe en la saga mutisiana en la que Maqroll el Gaviero es el protagonista. Acaso haya un asomo de su personalidad en el barco *Alción*, nombre del «Tramp Steamer». Literalmente traducido del inglés significa vapor volandero, algo así como vagabundo que navega. Es como un Maqroll encarnado en un viejo mercante que agota con su asmático traquetear muchos puertos del mundo.

Un periodista y colaborador de publicaciones de empresas multinacionales queda fascinado por la visión del barco en Helsinki a cuyo puerto había acudido con la esperanza de ver, en un día despejado, las cúpulas de Leningrado. Pero la magia distante de la antigua San Petersburgo quedó eclipsada por la compasión nostálgica que le inspiró el andar penoso del *Alción* que valerosamente remontaba las olas finlandesas. Hubo un «flechazo» misericordioso, como unas ganas de rendir homenaje a algo que había escrito páginas de vulgar transporte de carga, pero con una connotación claramente humana. En esos destartalados hierros que pedían a gritos un réquiem, había una voz que reclamaba un agradecimiento, una paga cariñosa, no por lo que habían hecho sino por lo que habían visto hacer y sentir en puer-

tos y dentro de sus oxidadas paredes. El periodista, que en ese momento nos descubre toda su alma de poeta, no sabe cómo cumplir con el compromiso que al que siente se le emplaza. Un brusco cambio de la temperatura le conmina a regresar a su hotel.

Pero tiempo después, ya en aguas del trópico caribeño, vuelve a encontrarse con el «Tramp Steamer» pero ya poblado por un auténtico protagonista. Jon Iturri, un vasco hispano-francés, traba amistad con el periodista a bordo de otro barco y le cuenta toda la historia que se ha cocido en la última escala del carguero. Iturri, un hombre de 50 años, lobo de mar, solitario y sin efectos fijos, conoce a la propietaria del *Alción*, una joven de 24, que es miembro de una familia libanesa, heredera del mercante, y con el dinero usufructuado vive su «baño» europeizador, tratando de desprenderse de su formación islámica. Lo que no es ningún lastre, pues en momentos de confidencias dice querer regresar algún día a sus lares coránicos, los que no están tan teñidos de integrismo, gracias al aperturismo, pese a las eternas guerras, que siempre ha disfrutado su país. Vive con Iturri un idilio apasionado y sincero, del que están ausentes las promesas de parte y parte. Los dos saben que no puede durar mucho tiempo el atípico romance, y se dedican a sacarle todo el jugo posible. Un mal día la mujer decide cortar las relaciones, dando a su amante explicaciones del todo razonables. Él las acepta con el mismo garbo con que siempre ha asumido su destino de soledad y eterno peregrinar.

La última escala del Tramp Steamer no tiene el mismo ritmo poético de las anteriores narraciones del escritor colombiano. Mutis advierte en el prólogo que es una historia que siempre ha querido contar a su amigo Gabriel García Márquez, pero que los avatares de la vida lo han impedido. Es como una especie de parada y fonda en la saga del Gaviero a la que, esperemos, pronto regresará Mutis. A reseñar negativamente, sólo el empeño del autor por resaltar el carácter de una «raza» vasca a la que pertenece el protagonista. Más bien habría que hablar de sociología o idiosincrasia, si no se tienen elementos científicos a mano para demostrar un concepto preciso como el de «raza».

Cuentos de Eva Luna

Isabel Allende

Plaza y Janés. Barcelona, 1990

Isabel Allende completa con esta extraordinaria narración la trayectoria iniciada con su primera novela *La casa de los espíritus*. Es buena la idea de lanzar un libro de cuentos después de un éxito en novela, ya que así la reticencia está vencida; las editoriales no quieren saber nada del cuento como mercancía si su existencia no viene avalada por un éxito en el género insignia, la novela.

Allende presenta en *Cuentos de Eva Luna* 23 historias atadas por un hilo al que se podía catalogar de agradable sorpresa. Sorpresa porque a todo lo largo de la epopeya es imposible imaginar el final por más que el lector ya esté apercibido de las intenciones de la autora a tenor de lo que ha leído hace sólo una página. Al principio de cada relato se sirve una especie de aperitivo que resulta ser una carga de profundidad explosiva en el momento preciso y que no es más que un regreso a los orígenes del personaje y de su compromiso con el escenario y la historia en que los ha envuelto Isabel Allende.

Siempre se ha dicho que en arte se parte de cenizas. Es decir, de lo que anteriormente se ha hecho y del que el joven o subsiguiente escritor no es más que un alumno que tiene la obligación de mejorar las enseñanzas del maestro. Yo creo que en literatura todos somos hijos de todos. El escritor, como el más significativo de los artistas, es un ser hipersensible en cuanto a influencias. Un simple artículo periodístico o una discusión en la calle le pueden hacer cambiar el enfoque de lo que está haciendo o de algo ya tenido por concluido y que inmediatamente debe corregir. ¡Qué tal con toda la literatura de la que se nutre! ¡Y qué tal de los grandes autores a los que no puede olvidar como maestros! Si todos los escritores en castellano están marcados con el hierro cervantino, los latinoamericanos en particular (los de las últimas generaciones) no pueden huir del espejo de García Márquez. A Isabel Allende se le nota mucho la influencia del colombiano. Rápidamente me apresuro a decir que no lo digo porque yo proceda del mismo país del autor de *Cien años de soledad* y, sobre todo, que las influencias sean malas. Declaro, lo más solemnemente posible, que las influencias son buenas y que es imposible escribir sin ellas. Félix Grande, el director de esta revis-

ta, me dijo una vez que es imposible escribir un poema sin antes haber leído 100 buenos poemas. Esto es cierto no porque lo diga Grande sino porque la limpieza creativa a la hora de plasmar las ideas brotará después de desbrozado el camino. En este sentido me atrevería a decir que Isabel Allende no ha hecho toda la quema de rastrojo necesaria. La misma forma de adjetivar de García Márquez es empleada por la chilena; las analogías un tanto tremendistas que incendian las comparaciones; palabras y situaciones chuscas buscando la carcajada del lector.

Que quede bien claro que todo lo anterior no es una crítica dura a este libro de cuentos de Isabel Allende. Sería todo un atentado a la buena literatura. Porque ¿cómo denostar mágicas situaciones y tramas de una técnica envidiable? Una niña que se enamora del amante de su madre y para conquistarlo procede a unas ceremonias erótico-religiosas de invención propia; las amantes de un truhán aborrecible consiguen vivir como hermanas criando a los hijos comunes; un empresario de circo que, después de reunir una gran fortuna, se enamora y conquista a la esposa de un magnate de joyería por medio de un número circense representado en el jardín de la dama; una pareja de pillos que, no obstante su riqueza, son rechazados por la aristocracia del país y para lograr ser de las familias «bien» inventan el secuestro de ella por parte de un grupo subversivo. Y así durante 23 geniales narraciones.

La visita en el tiempo

Arturo Úslar Pietri

Mondadori. Madrid, 1990

Llegar a ser rey de algo parece que era la obsesión de don Juan de Austria. El destino le debía una reparación, no sólo por su condición de bastardo sino por el aislamiento familiar en que se le mantuvo, obligándole a una infancia que a la postre no le daría el rostro de ninguna madre. La campesina que le crio, la señora noble que le formó como a un caballero y la verdadera progenitora que conocería en sus años de gloria no lograron hacer el todo uno que cualquier ser identifica con el concepto madre.

